

ALOMA RODRÍGUEZ

Clémence Boulouque (París, 1977) tenía 13 años cuando su padre se suicidó: “Soy la hija del juez Boulouque, y eso ya no le recuerda nada a nadie”, escribe en *Muerte de un silencio*, que se publicó en Francia en 2003 y tuvo una adaptación al cine con *La hija del juez* (William Karel, 2005). Fue su primer libro y el que le dio prestigio y lanzó su carrera como escritora. Ha publicado ensayos, novelas y dos libros de memorias. Para entonces, era crítica habitual de *Le Figaro*, *Lire* y colaboradora de *France Culture*. Se había licenciado en el Instituto de Estudios Políticos de París y el ESSEC y había hecho un máster en Relaciones Internacionales en la Universidad de Columbia. Antes de la publicación de este libro, parecía haber sepultado sus deseos de ser escritora, que cultivaba desde niña: en el invierno de 1986 escribió su primer relato, según cuenta en el libro. Se llamó “*La clase en calcetines*, cinco páginas donde se fomentaba una pequeña revolución para que, una vez desaparecida la nieve, los niños pudiesen acudir a clase calzados como quisieran”.

Huir de los recuerdos

Boulouque llegó a Nueva York en septiembre de 2001, en parte para acallar su dolor, para fingir que la vida podía seguir desde el suicidio de su padre (“Había decidido irme a vivir lejos de mis recuerdos de infancia”) y también para estudiar. Prácticamente acababa de llegar a la ciudad cuando el 11 de septiembre dos aviones secuestrados por terroristas se estrellaron contra las Torres Gemelas: “Mi historia. El terrorismo. La violencia que agrió mi infancia. La misma violencia en suelo estadounidense”. Al verse otra vez perseguida y alcanzada por el terrorismo, decidió contar su historia de una vez por todas: “Lo he intentado tantas veces. Mis narraciones eran elípticas o resultaban almidonadas de tanto detalle. Para hacerme entender. Para hacer ver. Hacer algo. No guardarme el duelo para mí. Matar el silencio. Yo, que no soporto ni el ruido ni la muerte”. De ahí el título del libro: el

Todo está perdonado

El primer libro de Clémence Boulouque habla del suicidio de su padre, un personaje secundario de la historia



Clémence Boulouque. EDITORIAL PERIFÉRICA

silencio que muere con este relato es el autoimpuesto sobre el episodio trágico que marcó su vida.

La vida no está hecha de compartimentos estancos cuyos límites son claramente distinguibles. Lo mismo sucede con el debut de Boulouque: es un libro sobre la relación entre un padre y una hija, sobre la pérdida, sobre la Francia de finales de los 80, sobre la presión mediática y la exposición pública y, sobre todo, es un libro que penetra en la vida íntima de los personajes conocidos y explica de manera eficaz y emocionante las consecuencias privadas de los acontecimientos de la actualidad política.

Es también un retrato —tierno pero no idealizado— de su padre, Gilles Boulouque, un hombre íntegro, con un envidiable sentido del humor y marcado a su vez por la muerte de su padre: “Por detrás

de todo ello, no obstante, estaba ya la muerte. La de mi abuelo, que había impuesto a mi padre esas promesas que los vivos creen deber a los muertos: el magistrado que mi abuelo quiso que fuese se convertiría en un gran magistrado, para honrar su memoria”. Se da así un juego de espejos entre padre e hija, ambos devastados por la muerte de su progenitor: “Simplemente vi a mi padre sentado delante de un plato que no miraba y oía a mi abuela: ‘Hay que comer, Gilles’. Seis años después la misma persona me dirigiría a mí la misma frase por las mismas razones”. La ausencia del padre lo marca todo, se convierte en una nueva unidad de medida: “Pronto, a los veintiséis años, once meses y seis días, habré pasado más de la mitad de mi vida sin él. Al principio conté los minutos que me separaban de su muerte, des-

pués las horas, los días. [...] Aquella noche dejó de envejecer. Dentro de quince años, cuatro meses y diez días seré mayor que él, su hermana mayor. Luego su madre. Me acerco a él a medida que me alejo”.

El lado íntimo de la actualidad

Boulouque se acerca al suicidio de su padre desde su relación con él y va contando los episodios de la carrera profesional del juez en la medida en que le afectaron a ella: el día en que la madre les contó a ella y a su hermano las nuevas tareas del padre, el día en que les presentan a los guardaespaldas o cómo el asunto Gordji —el principio del fin del padre— les retrasa las vacaciones. Wahid Gordji era un intérprete de la embajada de Irán de quien se sospechaba que estaba relacionado con los atentados de la Rue de Rennes. El juez pidió interrogar-

lo y Gordji se encerró en la embajada. Por otro lado, Hezbolá había tomado como rehenes a periodistas franceses (uno de los cuales fue ejecutado antes del asunto Gordji). Gordji accedió a comparecer ante el juez y tras la declaración salió en libertad. Las sospechas sobre una posible cesión (habría liberado a Gordji para que Irán intercediera por los rehenes ante Hezbolá) empezaron a caer sobre el juez y el asunto estuvo presente en el debate entre Chirac y Mitterrand de las elecciones presidenciales de 1988. Boulouque afirma: “No deseo abrir un debate sobre lo que la historia no juzgará. Podría meter la cabeza en los casos, intentar rehabilitar al juez. Podría hacerlo, sin duda”. Comparte tema con *El camino de los difuntos*, de François Sureau (Periférica, 2015), aunque esta mezclaba realidad y ficción y lo envolvía como si fueran hechos. También *El comensal*, de Gabriela Ybarra (Caballo de Troya, 2015), se acercaba a las consecuencias del terrorismo en la vida familiar. El libro de Boulouque es el más contenido, redondo y equilibrado de los tres.

La familia aceptó vivir bajo un estado permanente de alerta con una normalidad admirable y solo en ocasiones la amenaza consiguió alterar la vida cotidiana. Luego llegaron la imputación y la sospecha de violación del secreto de sumario.

Poco a poco se va deslizando uno de los asuntos fundamentales del libro: retratar el lado íntimo de quienes conforman la historia sin pasar como héroes ni protagonistas. A partir de que el juez acepta sus nuevas funciones, su hija asume que sus “recuerdos de infancia entran en relación con fechas, las de la lucha antiterrorista”. Casi al final del libro, escribe: “Mi padre tuvo el destino de todos aquellos que conforman la actualidad pero no marcan la historia, una existencia breve y después ampliada”.

La pérdida

Por supuesto, está también el asunto de la pérdida. En ese sentido, el libro tiene que ver con otros como *Selva negra*, de Valérie Mréjen o *El año del pensamiento mágico*, de Joan Didion. Boulouque reconstruye todo lo fielmente que su memoria le permite las últimas 24 horas de vida del padre, una jornada

El silencio que muere con este relato es el autoimpuesto sobre el episodio trágico que marcó su vida

Es un relato honesto y conmovedor sobre la relación entre un padre y una hija que va más allá de lo individual

da normal, que se cerró con el disparo: “El ruido como de tapón de champán, como un objeto pesado que cae y no se rompe, aquel ruido sordo, seco y tan, tan breve”. Y la pérdida irremediable: “Sin él lo había perdido todo. A él. Los guardaespaldas. Los ojos risueños de mi madre. Hasta había perdido las palabras. ‘Padres’. ‘Papá’. Ya no las pronunciaría más”. Sin embargo, la vida sigue de manera casi irremediable: “Me convertí en una joven, después en una mujer que desde entonces ha sufrido otros dolores, pero a la que siempre herirá, sin duda, el espectáculo de una niña con su padre, sentados en una terraza o haciendo cola en un cine”.

Es un relato honesto y humano sobre la relación entre un padre y una hija que logra convertir la experiencia individual en universal. Con este emocionante y conmovedor libro, Clémence Boulouque no solo restaura sin estridencias ni venganza la figura de su padre, en la esfera pública y en la privada (“Se marchó y no le guardo rencor”), también analiza las implicaciones en la vida privada de los personajes secundarios de la política.



Muerte de un silencio
Clémence Boulouque
Traducción de Laura Salas Rodríguez
Periférica, Cáceres, 2016, 134 páginas.

Ensayo. Fragmentos de vida

Serés recorre el territorio de su infancia, la Franja, registra todo lo que ha cambiado y descubre la fragilidad de casi todo

FRANCESC CARROYO

Hay quien asegura que el *collage* es el arte del presente porque parte de que no hay ya visiones generales del mundo. La única posibilidad de reflejar la realidad es unir fragmentos, sabiendo que nunca llegarán a configurar un todo coherente. La obra final reproduce una globalidad rota cuyos elementos se conectan entre sí solo por la mirada del autor. Sea cierta o falsa esta opinión, el *collage* prolifera en las artes plásticas y en otros ámbitos como la literatura. Es el caso del espléndido libro de Francesc Serés (Zaidín, Huesca, 1972) *La piel de la frontera*, una visión parcial de un todo inalcanzado, según confiesa el propio autor: “Algunos tenemos el absoluto averiado en nuestro sentido de la comunión, por lo que la comprensión total se convierte en algo bastante difícil”.

El volumen recoge textos escritos a partir de recorridos efectuados por Serés en el territorio de su infancia. Una tierra, la Franja, que se extiende por el este de Aragón y linda con Lleida y con la comarca del bajo Cinca en su parte central. La población más importante es Fraga y en otros tiempos el idioma dominante

era el catalán, cuestión que gravita sobre el libro, traducción castellana de un original catalán. Pero todo ha cambiado. Y eso es lo que pretende fotografiar Serés: los cambios.

Han cambiado los cultivos. Las inversiones no siempre proceden del ahorro local. Y las manos que recogen la fruta tampoco han nacido en esa tierra. Son de hombres y mujeres que proceden de mundos distantes: Marruecos, Argelia, Mali, Senegal, Guinea, en África, pero también de los países del este de Europa. Ha cambiado también la lengua común a todos ellos. Cuando Serés, que nutre su trabajo de conversaciones, necesita una lengua franca recurrir al francés. Son hombres con un pasado a cuestas, aunque no siempre con futuro. Ni siquiera su presente es estable. Habitan en viejas casas de los pueblos. A veces un edificio lo ocupan varias familias; otras, grupos sin vínculo familiar alguno. Los hay que, más o menos de paso, se refugian en antiguos pajares o en almacenes y naves en desuso, porque la crisis se ha llevado consigo cualquier proyecto de actividad industrial.

Serés habla con esos hombres. A algunos los conoció de niño, cuando empezaban a llegar al pueblo buscando esperanza en forma de trabajo. A otros no los conoce de nada y se los gana con un cigarrillo. Inten-



Vista de Jubierre, en Los Monegros. TURISMO DE ARAGÓN

ta apresar en sus palabras de dónde vienen y saber si han llegado ya a alguna parte o se verán obligados a seguir moviéndose hacia otro presente igualmente inquietante. Porque han recorrido lo que, desde la tierra que dejaron, parece el mundo entero para descubrir que siguen en el mismo sitio.

Es el caso de Raluca, rumana de origen, que se queja de que a su alrededor hay “demasiados búlgaros”. Ella, anota Serés, “quería llegar a un país y se había encontrado en otro.

“Los cambios siempre sorprenden”, dice Serés, y persiste en la idea de contarlos como no se ha hecho antes

Después de atravesar toda Europa era como si solo hubiese ido al otro lado de Rumanía y hubiese cruzado la frontera”. De ahí que afirme: “No me he movido de casa”. Y en ese instante, Serés percibe todo lo que realmente ha cambiado: “Aquí el forastero soy yo, desde los dieciocho años he vivido fuera. Algunos de los del pueblo ni siquiera saben quién soy”.

“Los cambios siempre sorprenden”, confiesa Serés al principio del libro, pero persiste en la voluntad de contarlos y, a ser posible, de forma que no se hubiera hecho antes. La narración evolucionaria y el autor descubre que él mismo es espejo de esos cambios. El mundo exterior empieza a mostrarse indolentemente repetitivo, el texto gana en intimismo, en reflexión sobre la propia mirada: “Yo, de hecho, pienso que estoy aquí de la misma manera que podría estar en otra parte. Me pregunto si la vida de los demás responde a un plan predeterminado, porque la mía no”.

La investigación nunca desapasionada se tiñe de melancolía al percibir que “ya no sabes hasta qué punto [el relato] forma parte de la realidad o de la realidad inventada, reposada, solidificada y, finalmente, admitida como cierta”. Ha ido acumulando fragmentos de vida que nunca llegan a consolidarse en un todo. De pronto, ni siquiera está el sujeto que

un día le contó aquella parte de una vida rota y Serés se pregunta: “¿Dónde va a parar la gente que desaparece de nuestra vida?”. Y añade: “Lo que descorazona es pensar que una persona que tiene un pasado está casi imposibilitada para tener un futuro, si la dignidad es poder decidir sobre el futuro, él ya no tiene. Pero aún es más descorazonador saber, tener la certeza de que mañana puedo ser yo quien esté en un almacén como este en otro país”.

Excelente ejercicio de compasión, en su sentido etimológico, en el que enlaza con simpatía: padecer con. Bien entendido que en esa dura y cambiada tierra, “la piedad es un pozo cuyo fondo llega hasta África”.

Al libro solo le sobran dos páginas: las últimas, dedicadas a recordar que en Cataluña hay independentistas, en un discurso que parece añadido con pegamento, absolutamente ajeno al contenido y al tono del resto de la obra.



La piel de la frontera
Francesc Serés
Traducción de Nicole D'Amonville Alegria
Acantilado, Barcelona, 2016, 336 págs.